

Palabras del señor Ministro de Relaciones Exteriores, Embajador José Antonio García Belaunde, durante la ceremonia de bienvenida y juramentación del nuevo Viceministro Secretario General

**Palacio de Torre Tagle
Lima, 31 de julio de 2006**

"Señor Decano del Cuerpo Diplomático, Monseñor Rino Passigato; Señor Ministro de Defensa, colega, Embajador Allan Wagner; Señor Congresista de la República, Víctor Andrés García Belaúnde; Señor Viceministro Gonzalo Gutiérrez Reinel; Señor Viceministro saliente, Harold Forsyth; Señor ex Canciller Óscar Maúrtua; quien en homenaje a una amistad de más de cuarenta años ha tenido el gesto cordial, que aprecio mucho, de postergar sus vacaciones para estar presente hoy. Gracias Óscar. Señores Embajadores; Amigos todos:

Hace treinta y siete años ingresé a esta casa, a una oficina que recién se había creado, la Subsecretaría de Planeamiento; y esa fue una experiencia maravillosa de creatividad, de libertad crítica y de espíritu de trabajo que deslumbró al Tercer Secretario que era entonces.

Quisiera rescatar esos valores hoy, y quisiera hacerlo empezando por rendir homenaje a quienes fueron mis jefes, que además de jefes fueron mis maestros y fueron amigos entrañables pese a la diferencia generacional. El primero de todos, a Carlos García Bedoya, quien marcó con su talento a tantas generaciones en esta Cancillería. En ese entonces trabajaban con él Felipe Valdivieso y Hubert Wieland, amigos también entrañables. Hubert, además, tuvo la generosidad de invitarme a prologar su excelente texto sobre diplomacia.

Luego vino mi experiencia en el exterior. Javier Pérez de Cuéllar siempre inteligente, siempre fino, siempre agudo. Miguel Bákula, cuya inmensa sabiduría siempre me ha fascinado, y yo ya he terminado confundido, porque nunca sé si estoy hablando con mi viejo jefe y maestro, si estoy hablando con el amigo de mis padres, si estoy hablando con el padre de mis amigos o con el amigo de mis hijas. Él sabe que hace muchos años le quiero bien. Luis Marchand quien no ha podido estar hoy presente; es un hombre de buenos consejos y a quien le debo una relectura madura de Shakespeare. Y, finalmente Allan Wagner, no por ser mi contemporáneo es menos maestro. A todos ellos mi gratitud.

Quería empezar homenajeándolos a ellos, porque creo que es una forma o quizás la más adecuada de rescatar la mejor tradición del Servicio Diplomático, en la que yo creo. Sin embargo, debemos tener mucho cuidado, cuando hablamos de la tradición del Servicio Diplomático, porque la tradición puede ser un monstruo y un ángel. Puede tener la capacidad de paralizarnos en el pasado y frustrarnos o puede ser un estímulo, una suerte de espejo en donde nos miramos para saber dónde estamos mal y qué podemos hacer mejor. A esa tradición es la que me interesa recurrir ahora. A esa que sirva de estímulo a cada uno de nosotros.

Ciertamente, en estos últimos tiempos las cosas no han sido fáciles en la carrera.

Con la única credencial de mis catorce años fuera del Servicio Diplomático, debido a la felonía del autócrata y a la pusilanimidad del gobernante anterior, los invito a mirar hacia delante y a trabajar en un gran proyecto de hacer del Perú un país moderno y de la diplomacia peruana un instrumento eficaz de la acción externa de este país que todos queremos.

Yo no tengo la menor duda que, como en el pasado, sabremos sacar lo mejor de nosotros mismos para poder responder adecuadamente a un mundo cuyos cambios son acelerados, y seguirán siéndolos. "Mucha historia ha entrado en muy poco tiempo", decía un chileno gran amigo del Perú, un gran integracionista don Salvador Lluch frase que yo me he robado varias veces.

El gran escritor Robert austriaco Musil decía en otro tiempo: "sin embargo el mundo no es tan viejo y quizás nunca estuvo tan interesante como ahora". Debemos asumir eso como el reto, como las exigencias de este tiempo.

¿Y qué nos planteamos entonces frente a ese reto y a estas exigencias? Tener las cosas claras sobre lo que debe ser una política exterior peruana. Soy muy consciente que por la vocación del Perú y del Gobierno que represento, nuestro principal ámbito de acción sigue siendo nuestro entorno más inmediato. Profundizar, enriquecer, innovar el conjunto de relaciones con nuestros vecinos es una prioridad, lo es

nuestra presencia en la Comunidad Andina, que esperamos sea reforzada con la participación de Chile y que pueda convertirse en un eje articulador de un proyecto mayor que es la Asociación del Pacífico Latinoamericano de suerte tal que podamos tener un conjunto de vínculos comerciales, de cooperación y políticos que atravesese toda la costa del Pacífico latinoamericano de México a Chile. A eso deberíamos aspirar, porque eso va a ser parte de la gran proyección que debemos de tener hacia el Asia-Pacífico.

No olvido que en nuestra región está la presencia importante, gravitante e ineludible de los Estados Unidos. La tragedia del 11 de setiembre y nuestro largo proceso de negociación del TLC parecieran haber angostado la agenda. Debemos trabajar y hacer un gran esfuerzo para ampliarla y recuperar temas que hacen a la relación bilateral y que de alguna manera han sido –por estas dos causales- soslayados.

Pero no nos acabamos y no podemos acabar nuestra misión ni nuestro proyecto de política exterior en la región.

Creo que tan importante como el TLC que hemos firmado con los Estados Unidos es el TLC que queremos firmar con la Unión Europea. Hoy hemos recibido una comunicación de Benita Ferrero, la Comisaria de Relaciones Exteriores de la Unión Europea, en que nos comunica que la Comisión ya está preparando los términos de referencia para las negociaciones de este acuerdo. Tengo la firme esperanza y el deseo de trabajar intensamente con todos ustedes para que con motivo de la Cumbre Unión Europea-América Latina que se celebrará en Lima el próximo mayo del 2008, podamos firmar ese acuerdo.

No hay una sino varias vías de inserción internacional, y no porque hayamos definido estas prioridades vamos a dejar el Asia atrás. No por lejana nos va a resultar ajena.

A nuestro interés de recomponer las relaciones con el Japón, tenemos que añadir nuestra gestión más activa con China porque tengo la impresión que hay mucho todavía que obtener de esa relación. Me sorprende, sabiendo la capacidad de exportación de capitales de China y su creciente presencia en el mundo, la reducida participación que tienen en el Perú.

Creo que también es importante replantear la relación con la India, que es un fenómeno, novedosísimo, importantísimo y que ofrece también una posibilidad de trabajo interesante.

Debemos ser muy conscientes que esta voluntad de inserción internacional sin exclusiones y negociada es una apuesta por la globalización, porque la globalización está ya y ha llegado para quedarse. A decir la verdad, si nos ponemos muy exquisitos, muy sofisticados y muy intelectuales, podríamos decir que desde las primeras epidemias en el siglo IV A.C., que salieron de Mesopotamia y cubrieron todo el sur de Europa, la globalización siempre se ha dado en el mundo.

Quizá nunca ha habido una revolución de la magnitud de ahora a partir del tema de las comunicaciones, que marca, pues, la diferencia entre procesos anteriores y el actual. La globalización que debemos asumir es una oportunidad de insertarnos y no sólo en un proceso creciente de flujo de bienes, de servicios, de capitales, sino también de la consagración de principios, de derechos, de normas que deben regir no sólo la vida internacional de los pueblos sino también la vida política interna.

Tan globalizado está el mundo de la economía como el mundo de los derechos humanos, de la democracia, de la gobernabilidad, de la lucha por la equidad de género, de la lucha contra la exclusión social y contra la marginación. Por tanto, debemos tener claro que nos movemos en el campo de los intereses concretos tanto como que debemos asumir principios y valores que van a definir los márgenes de nuestra política exterior. Esta es la gran tarea que tenemos por delante.

El Presidente García ha dicho que quiere que nuestro trabajo en el Gobierno, el de todos los Ministerios y el de todos los Ministros, se realice guiado por un profundo sentido de austeridad, de descentralización, de simplificación y de moralidad. Tenemos que ser austeros, nos lo exige nuestra condición de servidores públicos, pero también -y no olvidar- la pobreza lacerante de trece millones de peruanos y la moralización. Asimismo, nos exigen atender los requerimientos en la descentralización y en la simplificación administrativa en lo que, obviamente, corresponda a este Ministerio. No somos un Ministerio con mucha demanda de trámites administrativos. No somos un Ministerio que todo su trabajo o gran parte de su trabajo sea descentralizado; pero sí tenemos, ahí donde nos corresponde, actuar con celeridad, actuar con austeridad y actuar con eficiencia.

El país de hoy nos pide ser rigurosos con el gasto y tenemos que ofrecer una visión muy clara de que hacemos el mejor y más eficiente uso de los recursos que el Estado nos otorga. Dentro de esta

perspectiva quisiera subrayar dos conceptos del discurso del Presidente García en la toma de posesión: El concepto del deber y el concepto de acercar el Estado al pueblo.

El primero estuvo dedicado a los ciudadanos de todo el país, pero en una institución de servicio público como es ésta, es más necesario que nunca tener presente en nuestros actos una profunda ética del deber y de la responsabilidad.

El segundo tiene que ver con la manera en que podemos compenetrarnos mejor con la sociedad. Aquí, yo apelaría a dos vertientes, un viejo y hasta ahora –y espero que sólo hasta ahora- frustrado sueño de más de veinte años: vincular más estrecha e institucionalmente esta Cancillería y el Servicio Diplomático con las actividades económicas, comerciales, culturales y políticas del Perú en el exterior, y, el otro, prestar cada vez más y mejores servicios a los peruanos en el exterior.

Soy un convencido que esta gran tarea que se ha impuesto el Gobierno y que yo debo, dentro de mis facultades, llevar a cabo, tengo que hacerla con un espíritu abierto al diálogo y a la reflexión conjunta porque no es una tarea de una sola persona. No es una tarea ni siquiera de una cúpula dirigente. Es una tarea que exige el concurso de todos nosotros. O lo hacemos todos con la mística que hemos solidado tener o el proyecto fracasa.

Y sé, quiero asegurarles, que la convocatoria a todos podrá hacerse efectiva siempre y cuando cada uno de nosotros se sienta que ésta es su casa, es su proyecto de vida al servicio del país, y que el cumplimiento esforzado de ese deber y esa responsabilidad serán las únicas garantías para una justa recompensa.

Mi compromiso es actuar de acuerdo a la ley, y sólo lo diré esta vez, no lo voy a reiterar y porque mi compromiso es actuar de acuerdo a la ley, voy a remitir al Congreso un proyecto de ley que elimina el Cuadro Especial para cumplir con la sentencia del Tribunal Constitucional. Quiero que la Ley se cumpla y que todos los funcionarios sientan que ésta es una casa de justicia, por ello voy a proponer crear una Defensoría del Funcionario de la Cancillería para que a través de ella se puedan ejercer la defensa de los derechos que pudieran haber sido violados sin temor a represalia alguna. Una suerte de ombudsman que sirva para defender los derechos de todos y cada uno, y que sería nombrado a partir de una terna o lista que los propios funcionarios me hicieran llegar.

Quiero actuar con apego a la ley y la devoción por la justicia que marcó la vida ejemplar de mi padre.

He tomado juramento al Embajador Gonzalo Gutiérrez como Viceministro y Secretario General de Relaciones Exteriores. Al hacerlo no ha pesado en mí criterios de compadrazgo, vínculo generacional o cualquier otra consideración afectiva, que aunque respetable, suelen nublar el buen juicio. Lo he hecho consciente de sus calidades profesionales y porque representa una nueva generación de diplomáticos que -estoy seguro- le dará un aire fresco y una vitalidad muy estimulante al Servicio. Goza de mi confianza ¡qué duda cabe! Y estoy seguro, después de haber escuchado los cálidos aplausos que ha recibido, que también goza de la confianza de todos ustedes.

No vengo ni pretendo hacer ninguna revolución. Apenas quisiera lograr encauzar la política exterior y el Servicio Diplomático por esta puerta a la modernidad por la que discurre el país y por la que se ha planteado como meta el Gobierno peruano.

A esa tarea, a esa inmensa tarea, los convoco a ustedes apelando a su generosidad, a su vocación de servicio y a la mística que todos los que entramos a esta casa fuimos adquiriendo por contagio, por tradición y por ejemplo de vida.

Muchas gracias.”.